

EL SOLAR DEL CID.



EXISTIAN en la ciudad de Burgos á principios del siglo XVIII las ruinas de una casa al pie de la colina del antiguo castillo, y no lejos de la iglesia catedral; ruinas visitadas y respetadas por los amantes de las glorias de nuestra patria, pero que las manos de la ignorancia se complacian en hacer desaparecer, ya concluyendo de derribar las piedras que aun existian en pie, ya haciéndolas servir en beneficio propio, y tomando cada cual cuanto podia de aquel lugar venerable, que yacia en el mayor abandono y desamparo. La ciudad de Burgos que, para perpetuar la memoria de sus ilustres hijos, habia sabido elevar suntuosos y magnificos monumentos en honor de los Fernan Gonzalez, Nuño Rasura, y Lain Calvo, veia con apatía perderse los últimos restos de la casa solariega que habia visto nacer y cobijado bajo su techo al mas ilustre acaso de sus hijos, el invicto guerrero Rodrigo Diaz de Vivar, conocido por el Cid Campeador, terror de los enemigos de nuestra patria, y cuyo solo nombre aun cuando no estuviese acompañado de los de tantos varones esclarecidos, seria suficiente á immortalizar la memoria de la nobilísima capital de Castilla.

Pero el ayuntamiento de aquella ciudad hubo de conocer lo indisculpable de su abandono, y á mediados del mismo siglo mandó erigir el monumento que en la actualidad existe, el cual si bien no puede competir en magnificencia

Segunda série. — TOMO III.

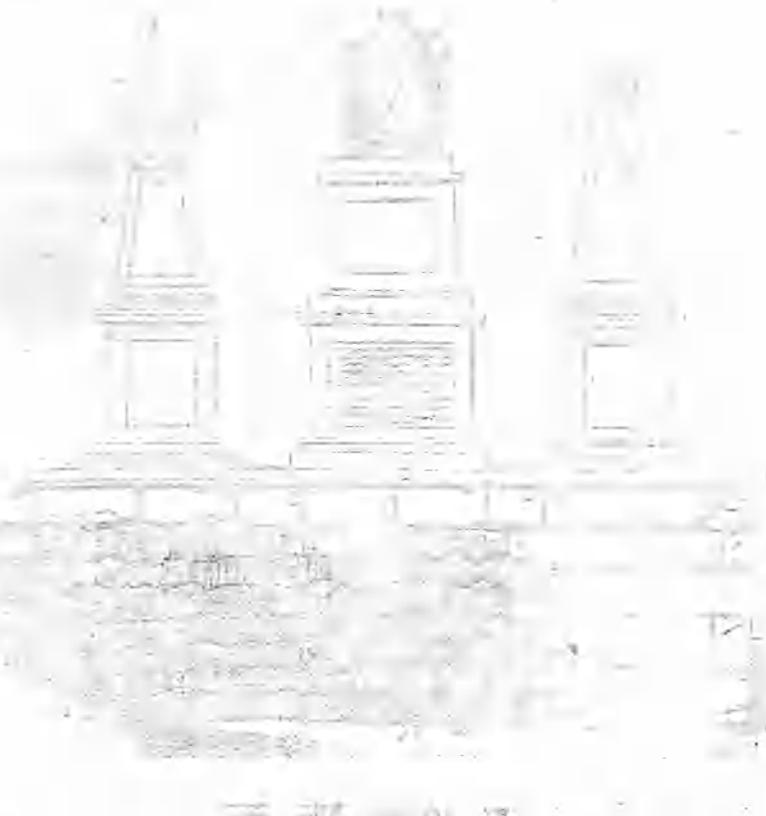
con el suntuoso arco de Fernan Gonzalez, ni con la puerta de Santa Maria, al menos con su elegante sencillez sirve para denotar la cuna del noble Rodrigo.

Está fabricado, segun se dice, con los mismos materiales que lo estuvo la antigua casa del Cid. Su basamento es de fábrica, y los zócalos y pilares de sillería y piedra herroqueña. En los dos laterales que tienen forma piramidal, se ven las armas de Burgos. En el de enmedio estriva el escudo de armas de Rodrigo Diaz de Vivar, y por bajo de él se lee la siguiente inscripcion:

EN ESTE SITIO TUVO SU CASA Y NACIÓ EL AÑO DE 1020 RODRIGO DIAZ DE VIVAR, LLAMADO EL CID CAMPEADOR. MURIÓ EN VALENCIA EL DE 1099, Y FUE TRASLADADO SU CUERPO AL MONASTERIO DE CARDEÑA CERCA DE ESTA CIUDAD, LA QUE PARA PERPETUAR SU MEMORIA DE TAN ESCLARECIDO SOLAR DE UN HIJO SUYO Y HÉROE BURGALÉS, ERIGIÓ SOBRE LAS ANTIGUAS RUINAS ESTE MONUMENTO, EL AÑO DE 1784, REINANDO CARLOS III.

Este monumento aunque sencillo asi en su construcción como en los materiales que le componen y aun en la inscripcion que marca su objeto, basta para indicar el sitio en que vió la luz primera el conquistador de Valencia, cuyo solo nombre fué suficiente para arrollar en cien combates

31 de enero de 1841.



las numerosas masas africanas; pero; parece increíble! mientras en Francia, en Alemania y aun en Rusia á fuerza de cuantiosos dispendios elevan magníficas estatuas, soberbios arcos de triunfo, en honor de sus hombres ilustres, Burgos mira con indiferencia desmoronarse á manos de los muchachos el único testimonio de gratitud que elevára en memoria del mas ilustre de sus hijos. Sirve de continuo blanco á las piedras asestadas por personas atrevidas é ignorantes que con groseras carcajadas celebran el triunfo de haber arrancado un trozo mayor de piedra, ó de haber arrebatado alguno de los blasones de los escudos de la ciudad ó de el del héroe burgalés. Mas de una vez se ha visto á algun soldado complacerse en contribuir á borrar la memoria del primer caudillo de las huestes castellanas. De forma que en el deplorable estado en que se halla en solo medio siglo que cuenta de existencia, nada extraño será que al concluirse el presente, solo por tradicion pueda indicarse el lugar donde apareció la mas brillante perla que ostenta la regia corona de Castilla.

EL COFRE DEL CID.

En una de las salas á que dá entrada el claustro de la catedral de Burgos, se ve sostenido por enormes barrones de hierro, y pendiente de una cadena del mismo metal un fuertísimo arcon ó cofre de madera, que al parecer debe ser álamo negro, bastante apollillado y de trabajo toscó, guarnecido todo él con barras y argollas de hierro: tres fuertes cerraduras le resguardan, y su tapa es maciza y toda de una pieza, indicando tanto su estructura como su estado y

lo grosero de sus materiales pertenecer á una remota antigüedad. Sus dimensiones son seis palmos de largo por tres de fondo y dos y medio de alto. (Véase la viñeta plana 5.^a).

Una tradicion constante afirma haber pertenecido aquel cofre al Cid Rodrigo de Vivar. Parece que cuando Fernando VII pasó por Burgos á su regreso de Cataluña, los capitulares de aquel cabildo catedral descolgaron dicho cofre, y sacaron de él una espada mandoblé que parece se conserva dentro, la que por ser mayor que dicho cofre, se halla atravesada de ángulo á ángulo.

Refiérese que hallándose el Cid escaso de fondos para emprender la expedicion contra Valencia, pidió á unos judíos una considerable suma, y que les dió en prendas unos cofres que les dijo estaban llenos de oro y de pedrería, pero que en realidad solo lo estaban de guijarros, aunque cubiertos por encima con riquisimas telas. Los hebreos fiados en la buena fé del Cid hubieron de contentarse con mirar solo por encima, y entregaron la suma que les pedian, la cual fue religiosamente reintegrada tan luego como en la primer batalla contra los moros se apoderó de un riquísimo botín. ¿Será acaso este cofre uno de los que sirvieron para una estratagema tan feliz que arrebató un reino del poder de los musulmanes? Cuestion es esta que no nos atreveremos á resolver, contentándonos con afirmar la existencia de aquella antigualla, y la tradicion que la hace venerable.

Seria de desear que estuviese mejor conservada y en lugar mas público donde pudiesen reconocerle y venerarle los amantes de las antigüedades.

HISTORIA.

JESUCRISTO.



As cuarenta semanas anunciadas por el profeta de Babilonia acababan de cumplirse: el retro había sido arrancado de las manos de Judá, y los hijos de Jacob no tenían ya un jefe que se pudiese al frente de sus gloriosos estandartes. Acercábase, pues, el tiempo en que debía venir el deseado de las gentes, aquel á quien Moisés logró solo ver en espíritu. Entonces apareció sobre la tierra el hijo de Dios, que venia á visitar el mundo en la mitad de los tiempos.

Todos los profetas habian hablado de su venida segun la promesa hecha á nuestros primeros padres, y si bien al vaticinar los males que amenazaban á su patria, habian merecido el nombre de profetas, con respecto á Jesus se puede asegurar que fueron historiadores.

Hallábase el universo en paz, y las puertas del templo de Jano acababan de ser cerradas, cuando Augusto deseoso de saber el número de los súbditos del imperio romano, mandó hacer un empadronamiento general. Esta circunstancia imprevista obliga á Josef y á Maria á subir desde Nazaret, en donde residian, á Belen de donde eran oriundos, pues descendian de la real familia de David. Entonces se cumplió lo que estaba anunciado. *"Tú, ó Belen, no eres la menor en los confines de la tierra, porque de tí saldrá aquel que ha de ser dominador en Israel."*

La pobreza de su equipage les enajena todas las voluntades, y no hallando hospitalidad en su misma patria, se ven precisados á recogerse en un miserable establo. Allí nació el que era á un tiempo mismo Dios y hombre. Pero en medio de tanta miseria se deja entrever su grandeza. Vienen á tributarle culto los pastores á nombre del pueblo sencillo, pues su doctrina habia de sublimar la pobreza. También le adoran los sabios á nombre de los grandes de la tierra, pues su palabra divina habia de perfeccionar las ciencias.

Temeroso el tirano Herodes de verse destronado si llegaban á realizarse las profecías de los judíos, y sorprendido de la llegada de los magos, y su misteriosa fuga, determina hacer matar todos los niños que tuviesen menos de dos años: avisados Josef y Maria por un ángel, huyen al Egipto á salvar el sagrado depósito que se les habia confiado. Las tradiciones de los primeros tiempos llenaron este viage de relaciones portentosas, contando que un árbol habia ocultado á los fugitivos para sustraerlos de la persecucion de los soldados de Herodes; que el buen ladrón protegió á esta sagrada familia, á lo cual debió su conversion en la

cruz; y que el trigo recién sembrado creció instantáneamente para desorientar á los perseguidores que se hallaron confundidos; cuando el sembrador les dijo, que aquellos á quienes buscaban habian pasado por allí cuando él estaba sembrando: finalmente, que á su llegada al Egipto enmudecieron todos los oráculos de aquel pais.

Muerto Herodes, los padres de Jesus ya nada tuvieron que temer, y pudieron regresar á Palestina.

Habiendo subido á Jerusalem á celebrar la festividad anual á la que debian concurrir todos los judíos, quedése Jesus en el templo: oahándole de menos sus padres, y no encontrándole en la caravana de amigos y parientes que iban con ellos, regresaron á Jerusalem, y lo hallaron en el templo disputando con los doctores de la ley, que admiraban tal sabiduría en un niño de 12 años.

Por espacio de treinta años vivió Jesus reducido á la vida privada, trabajando en el taller de su padre putativo como un artesano, asistiéndole en su ancianidad con el trabajo de sus manos, y dándonos ejemplos de sumision y laboriosidad. De este modo, como dice el sagrado texto, *"crecía en gracia para con Dios y con los hombres."*

Tres años solos consagró á su vida pública, contando desde la época en que principió á obrar y enseñar. Escogió 12 discípulos, gente toda ruda y sin artificio: si hubieran sido ricos y poderosos los progresos de su doctrina se hubieran atribuido á la adulacion; si hubieran sido sabios, al artificio de la ciencia.

Su primer milagro fue el de las bodas de Caná, en que á petición de su madre, convirtió el agua en vino: de este modo al paso que sus palabras ensalzaban la virginidad, sus obras santificaban el matrimonio.

Pero ¿quién podrá referir la multitud de sus milagros, cuando su mismo amado evangelista, testigo presencial de todos ellos, creía que no habia capacidad en el mundo si se hubieran de escribir?

Este divino maestro de nadie se desdena: ora sentado en la quilla de una barca dirige su palabra á los pobres pecadores que le escuchan desde la marina; ora bajo el pórtico de Salomon confunde á los fariseos, á los poderosos de su nacion. Sus palabras se acomodan á la capacidad de su auditorio: cuando habla á los primeros, sus imágenes son vivas y sencillas, el hijo de Dios es un sembrador, ó bien un pastor que busca la oveja descarriada: su iglesia será una red, otra vez será una hera llena de mies, ó bien una casa construida sobre la roca. Cuando dirige su palabra á los segundos, echa mano de los sagrados libros, y truena contra su hipocresia falaz: pero al vaticinar la ruina de Sion, creyérase oír los ecos del arpa fúnebre de Jeremias.

Los elementos le respetan, los demonios huyen de su vista, devuelve los sentidos á los que los habian perdido; y la muerte misma restituye su presa.

A su voz los pueblos todos corren tras él, y los hombres abandonan sus faenas: los israelitas esperaban un Mesias guerrero, y al verse esclavizados por los romanos, suspiraban por el libertador prometido; ¿cuánto no dió que

hacer á los romanos el impostor *Bar-cokebas* (el hijo de la estrella) al frente de los ilusos que le reputaban por el Mesías! Qué no hubiera hecho si hubiera podido como Jesús proveer de sustento á sus secuaces nada mas que con la eficacia de su palabra! Pero Jesús en vez de turbar en nada la tranquilidad pública, manda volver á sus hogares las turbas de tres y de cinco mil hombres que le seguian.

De este modo al acusarle sus enemigos de sublevador del pueblo, no pudieron probarle ni aun este cargo.

La fama de un varón tan eminente no podia estar oculta mucho tiempo: no solo llenó los ámbitos de Judea, sino que pasó al otro lado de los mares. Hé aquí el parte que se dice haber dado al senado Publio Léntulo, presidente de Judea, en tiempo de Tiberio César.

"Aquí tenemos (dice) un hombre de una virtud siágu-lar, que se llama Jesucristo: los judíos le creen profeta, y sus discípulos le adoran como á descendiente de los dioses inmortales. Resucita los muertos, y cura los enfermos con una palabra ó con tocarlos solamente. Es de cumplida estatura, bien formado y de un aspecto dulce y venerable á un tiempo. Su cabello es de un color que no se puede definir, dividido en dos partes como le llevan los nazarenos, cae formando graciosos bucles sobre los hombros y la espalda. Su frente es pura y espaciosa; sus mejillas delicadamente sonrosadas, su nariz y su boca igualmente perfectas guardan admirable simetría. La barba partida y bien poblada tendrá una pulgada de largo, de un color semejante al de los cabellos: sus ojos son brillantes, claros y serenos. Reprende con magestad; exhorta con dulzura, y todas sus acciones están llenas de elegancia y gravedad. Jamas se le ha visto reír; pero ha llorado muchas veces: es afable, modesto y muy-sabio; en fin es un hombre que por su estremada hermosura y sus perfecciones morales es superior sin duda á todos los nacidos."

A pesar de tanta grandeza que se traslucía aun en lo exterior, era odiado de los magnates de su nacion. Los Saducteos que eran los mas ricos, y los Fariseos que gozaban de grande prestigio entre el pueblo le odiaban por la claridad con que reprendia sus costumbres licenciosas.

La resurreccion de Lázaro tres dias despues de su muerte, fue otra cosa que les obligó á precipitar sus planes de venganza. Aquel suceso verificado á las inmediaciones de Jerusalem, con una familia ilustre, y á vista de muchos sujetos principales de Judea y aun extranjeros que habian acudido á consolar á sus hermanas, llenó de espanto á sus enemigos, pues nada podían arguir para echar por tierra la autenticidad de aquel hecho: viendo por otra parte frustradas las tentativas que habian hecho para convencerle en público, y hacerle un objeto de mofa, se decidieron á deshacerse de él. Una muerte secreta no era facil, y ademas el misterio que aquel hecho hubiera llevado consigo, hubiera desacreditado mucho mas á sus perseguidores: entonces se decidieron por un asesinato legal.

Entre tanto la víctima se les viene á las manos: "*He aquí, hija de Sion, á tu rey que viene manso para tí, man-*

atado sobre un jumentillo;" y á esta voz todo el pueblo de Jerusalem sale presuroso á recibirle, introduce á Jesús en triunfo, y le ofrece las palmas de la victoria como á su libertador: los niños le preceden y entonan "*hosana al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor.*" En medio de estas aclamaciones recorre triunfante aquellas mismas calles que dentro de pocos dias habia de regar con su sangre; y este mismo pueblo que ahora le victorea entusiasmado gritará entonces *crucifícale, crucifícale.*

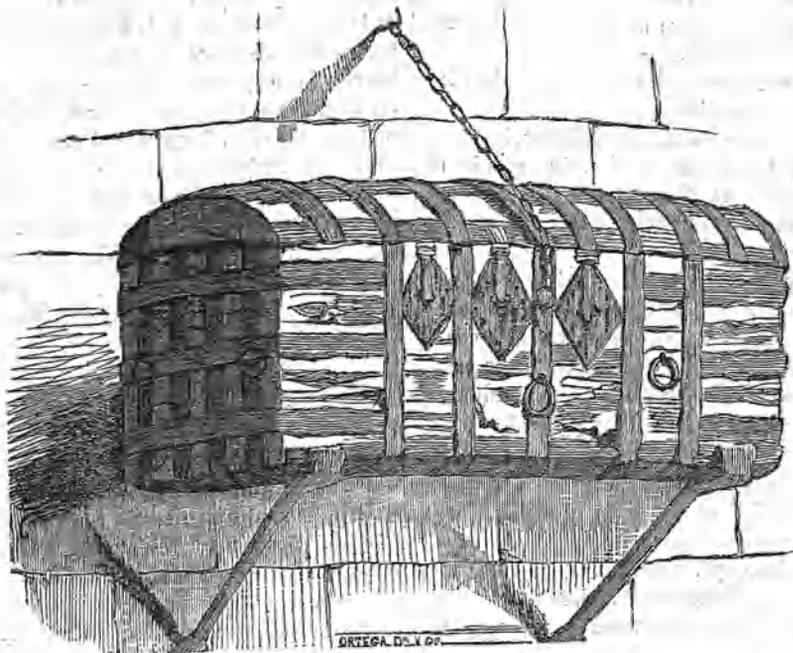
Un falso discípulo secunda los planes malvados que se fraguaban contra su maestro, y le pone en manos de sus enemigos: llevado de tribunal en tribunal y de un tormento en otro, se ve mofado, insultado, tratado como loco, y castigado como malhechor. Un juez débil trata de salvarle conociendo la superchería de sus delatores; pero el temor de perder un empleo le hace faltar á su deber. De esta manera el que habia sido acusado segun las leyes de los judíos, fue castigado segun la costumbre de los romanos, y muere en un suplicio el mas afrentoso que se conocia entonces, despues de haber llevado como otro Isaac la leña sobre que habia de ser sacrificado.

Pero tres dias despues resucita glorioso, y vuelve á sus discípulos la calma perdida: aterrados sus enemigos con la narracion de los guardas que habian puesto para custodiar el Sepulcro, se ven en la precision de comprar su discrecion á precio de oro. "Divulgad, les dicen, que estando vosotros dormidos vinieron sus discípulos y robaron su cuerpo"; miserable efugio! ¡atestiguar con centinelas dormidos!

Cuarenta dias despues se le vé marchar al frente de sus discípulos hácia el monte de las olivas, y despues de haberles dirigido su última despedida, se remonta á su vista hácia el empireo.

Sobre aquel mismo sitio le verán algun dia todas las generaciones de la tierra premiar á los humildes y humillar á los soberbios.





El cofre del Cid.

LA NOCHE GRANDE DE TOLEDO.

I.



RA ya maestro de Santiago el ambicioso Don Juan Pacheco, y el buen caballero Don Beltran de la Cueva, el servidor mas fiel de Enrique IV el *impotente*, yacia, merced á los traidores manejos del intrigante marqués, en no merecida oscuridad. Entregado el rey, mas por fuerza que por voluntad, á discrecion de los que seguian el bando de la princesa su hermana, so color de lealtad, y no con otra intencion que la de allegarse nuevos títulos y señoríos, vivia triste y descontento en el alcázar de Madrid, prision régia, mas bien que lujosa estancia de un monarca de Castilla.

Era una noche horrorosa de diciembre, y D. Enrique acababa de dirigir al cielo una corta plegaria, disponiéndose al reposo, cuando sintió llamar apresuradamente á la puerta de su aposento. Al mismo tiempo oyó la voz del alcáide que decia:

— No entraréis, caballeros, sin el beneplácito del rey mi señor.

Descorrió D. Enrique el cerrojo que por precaucion echaba siempre antes de acostarse, pues todo debía temerlo

de los falsos magnates entre cuyas manos habia caído, y preguntó, no sin alguna zozobra:

— ¿Qué sucede, Perucho?

— Aquí están tres caballeros que desean hablar á V. A.

— Si son tres, en vano será negar su demanda. Que entren.

No bien lo hubo dicho, cuando vió á sus pies á los tres condes de Benavente, de Plasencia y de Miranda. Asustado el rey hizose atrás, y llevó involuntariamente la mano al sitio de que solia pender su daga, pues aquellos caballeros se habian manifestado, desde el principio de los disturbios del reino, los mas acérrimos partidarios de D. Juan Pacheco y del arzobispo de Toledo; pero el conde de Benavente tomando la palabra en nombre de los tres le dijo:

— Nada temais, Señor, porque si hasta aqui hemos sido traidores, en lo adelante queremos probaros nuestra lealtad. Perdonadnos, si os cumple, los desafueros pasados, debidos mas bien á los pérfidos consejos de villanos caballeros, que á nuestra inesperienza en las cosas del reino, ó mandadnos degollar, que á todo hemos venido.

Admirado el rey, le contestó despues de hacerles levantar:

— Yo os recibo en mi gracia, y os perdono cuanto hasta hoy habeis hecho en mi daño, si son sinceras vuestras palabras.

— Prontos estamos á justificarlas con nuestras acciones, Señor, dijo el de Plasencia.

— Y para dar principio á nuestro arrepentimiento, añadió el de Miranda, sabed, Señor, que el maestro....

— Mi suegro, Señor, dijo en voz baja el de Benavente.

— Ya lo sé, repuso el rey sonriéndose. ¿Qué nuevo deacato ha cometido? ¿Qué mas quiere de mí?

— Pretende apoderarse de este alcázar dentro de tres dias.

— Eso no será, exclamó D. Enrique, dando una fuerte patada. Perucho el alcaide es un servidor fiel.

— Perucho se ha vendido á D. Juan Pacheco, murmuró el conde de Miranda.

— ¿Es cierta, señor de Benavente?

— Ciérrisimo, contestó este: pero no hayáis el menor recelo de que salga con su demanda.

— El medio mejor es matar al alcaide, dijo el de Plascencia, á lo que el rey respondió:

— Sin pruebas de su traición no lo consentiré!

— Si no es mas que eso, Señor, aqui están, repuso el de Benavente presentando á D. Enrique un escrito. Aqui tenéis la carta en que Perucho promete al maestro hacerle dueño del alcázar.

Recorrióla el rey, y ya no pudo dudar de la villanía de su alcaide. Comenzó á pasearse por la habitacion con acelerados pasos, en tanto que los caballeros en voz baja conferenciaban acerca de las medidas que se debían tomar para impedir á D. Juan Pacheco el golpe atrevido que meditaba contra la autoridad de su soberano y señor natural.

Volviose á abrir la puerta, y apareció á su entrada Perucho acompañado de un religioso. A la vista del alcaide todo el furor del rey se reflejó en su rostro, y á duras penas contuvo su indignacion la presencia del fraile, cuya fisonomia inspiraba confianza y veneracion.

— ¿Qué me queréis? le preguntó con afabilidad.

— Hablar á V. A. en secreto sobre cosas que interesan al reposo del reino.

— Podeis hablar en presencia de estos buenos servidores.

— Solo diré á V. A. que mi nombre es D. Fray Pedro de Silva, y que mi hermana se llama doña María de Silva; que mi sangre es harto ilustre, y mi adhesion á V. A. muy antigua y muy durable. Nada mas añadiré si V. A. no me escucha sin testigos.

Dispusiéronse á salir los condes al oír estas palabras, y el rey dándoles la mano que besaron con respeto, les previno que no bajasen del alcázar, sino que se aposentasen en él, y que al dia siguiente trataria despacio con ellos lo que debía hacerse del traidor alcaide.

Ellos habian resuelto ya la cuestion, sin contar con la voluntad del rey, cuya clemencia temian les fuese funesta.

Retiráronse á un aposento no muy apartado del que ocupaba D. Enrique, y á fin de descansar del cansancio del viage que habian hecho desde Arévalo, donde quedaba el maestro, se recostaron en unos mullidos lechos que alli habia. Largo rato permanecieron hablando sobre la aparicion misteriosa de fray Pedro de Silva á aquellas horas en el alcázar, discutiendo cada cual á su manera acerca del secreto que habia dicho tenia que revelar al rey, hasta que al fin se quedaron dormidos. Entre tanto velaba la traicion, adelantándose al justo castigo que el cielo la reservaba.

Un rumor extraño hizo abrir los ojos al conde de Benavente, y poniéndose á escuchar con atencion, parecióle sentir ruido de armas y de voces que discutian con misterio. Levantóse en silencio, despertó á sus compañeros, y desvainando los tres las espadas se acercaron á la puerta del aposento. Entonces llegó hasta sus oídos parte de un diálogo que se tenia en el corredor inmediato.

— Me parece que habeis metido demasiada bulla para venir hasta aqui: pudieran despertar.

— ¿Y quién sabe si están dormidos?

— Hace mucho tiempo que dejaron de charlar: ademas la fatiga del camino...

— Si; todavia está con el fraile... me inspira sospechas: pero, vamos á lo que importa. Yo entraré primero.

— Despachemos.

Los tres condes se miraron y se entendieron.

Abrióse la puerta, y entró Perucho armado con una daga, el de Benavente se arrojó sobre él y le tiró una fuerte estocada que lo derrivó en tierra; los otros dos embistieron con los salientes del alcaide que eran seis, y gritando *traicion al rey*, alarmaron todo el alcázar. Reunióseles el de Benavente, y no tardó en acudir al sitio de la refriega toda la gente de armas de la fortaleza: trageron luces, amontonáronse unos sobre otros mas de treinta caballeros, partidarios la mayor parte de D. Juan Pacheco, pero que al ver el denuedo y enojo de los tres condes, no osaron tomar parte contra ellos. Los gritos llegaron á oídos del rey, que acudió acompañado del religioso, el cual llegó á tiempo de recibir la confesion de los malvados intentos de Perucho, que este no ocultó á fin de morir en paz. Cuatro de sus compañeros perecieron tambien á manos de los condes; los otros dos se ocultaron, y el rey dió gracias al cielo, porque le habia librado de aquellos hombres.

II.

A las doce de la noche siguiente entraba con el mayor silencio en Toledo una modesta cabalgata. Componiase de cinco hombres montados en sendos mulos, y cuyas fisonomias algo mas rebelaban que gente vulgar. Al llegar á la casa del obispo apeáronse con cautela, y entregando los mulos á un criado, que á cierta distancia les habia seguido, subieron á una espaciosa sala, que al parecer habriase preparado de intento para huéspedes distinguidos.

Entre tanto en otra casa de la misma ciudad platicaban tres personas acerca de las revueltas que los grandes movian contra los intereses del rey y de la tranquilidad general.

Estas tres personas eran Doña María de Silva, su hermano D. Fray Pedro de Silva, y su esposa D. Pero Lopez de Ayala.

— No os canséis, señora, decia este último, ni vos tampoco, querido obispo: el rey será destronado en castigo de los vergonzosos tratos de la reina y del nacimiento de Juana la Beltrameja.

— Ese es el pretesto, respondia el religioso: pero ¿dónde estan las pruebas? Yo no veo mas que ambicion.

— ¿Y qué! añadió Doña María ¿será rey mas legitimo Don Juan Pacheco que D. Enrique?

— Tenemos á la infanta Doña Isabel.

— No la reconoceré mientras viva su magnánimo hermano.

— Acordaos, señora, que soy amigo del maestro.

Doña María de Silva miró á Fray Pedro, y ambos suspiraron. En aquel punto entró asustado, en la habitacion Don Alonso, hijo mayor de aquellos nobles esposos.

— ¿Qué ha sucedido? preguntó D. Pero Lopez.

— Una desgracia, la mayor de las desgracias: estamos perdidos sin remedio. El rey D. Enrique está en Toledo.

— En Toledo! gritó Ayala.

Doña María cayó sin sentido en su sitial, y Fray Pedro exclamó:

— ¡Le han descubierto! ¡Dios le ampare y á nosotros tambien!

— ¿Qué decís, señor obispo? ¿Que trama es esta?

— Doña María é yo la hemos concertado: Dios quiera que no hayamos perdido al rey, á quien anhelabamos servir.

Dicho esto se marchó, y D. Pero Lopez se fué tras él.

El mariscal Payo de Ribera que tenia á su cargo la ciudad, sabedor de que el rey se hallaba en Toledo, mandó tocar la campana mayor de la catedral en señal de alarma.

Acudieron los hombres de armas, juntóse un buen escuadron, y apercibidos á pelear, corrieron á la *casa del obispo* y la cercaron. Salieron de ella los tres condes y el valiente Hernando de Rivadeneira, juntáronseles hasta cincuenta hombres adictos á la causa del rey, y pelearon como buenos alentados con la presencia y las palabras del intrépido Fray Pedro de Silva, que no abandonó en toda la noche el lado de los campeones.

Pero fué una noche de horror y de sangre: el lúgubre sonido de la campana, el resplandor de los hachones, los gritos de la multitud, y los fieros tajos y cuchilladas que los dos bandos se dirigian, presentaban un triste y pavoroso cuadro digno de figurar, como ha figurado en las páginas de la historia, destinadas á transmitir á la posteridad las terribles consecuencias de las discordias civiles.

Hubo empero un hombre contrario al rey, pero punonoroso y prudente, que dió fin á los estragos de aquella noche grande, porque grande fué el motivo que los produjo, y grandes sus resultados.

Don Pero Lopez de Ayala atravesó con denuedo por aquella nube de combatientes y de cadáveres; subió á la *casa del obispo*, anunciándose de paz, y dijo al rey:

— Señor, si V. A. no sale esta misma noche de la ciudad, perecerá gran parte de la población, y vuestros fieles servidores. El pueblo se dispone á abrasar la ciudad.

— Mandad que me den un caballo y que se retiren mis gentes, respondióle el rey. Dios no permita que por mi causa sufra Toledo, ni villa alguna del reino los males que decis.

Besóle D. Pero Lopez la mano; salió en seguida al balcón, y haciéndose escuchar, anunció la voluntad del rey. La pelea cesó en el mismo punto, y el rey, los tres valientes condes y Fernando de Rivadeneira salieron de la ciudad para Madrid escoltados por el de Ayala y sus hijos.

A los tres dias sacudió Toledo el yugo del maestre Don Juan Pacheco, y se declaró por el rey D. Enrique, quien hizo su entrada en aquella ciudad con toda pompa y contentamiento de sus habitantes. Hospedóse en casa de Don Pero Lopez de Ayala, cuyos importantes servicios y lealtad de doña Maria de Silva premió con munificencia, y el pueblo lo victoreó con entusiasmo en recompensa de la grandeza de alma con que supo ganarse todos los corazones la noche grande.

J. M. DE ANQUEZA.

AL OTOÑO DE 1853.

No conducía Febo el carro de ora del vago firmamento por la cumbre; ni piélagos de lumbre, afuscando, cubrian su tesoro. Al fresco y blando arrullo de las auras vivificas de otoño, la rosa erguia el lánguido capullo, y el árbol agostado su retoño.

Desbordaba soberbio el arroyuelo, con benéfica lluvia enriquecido,

robando al fértil suelo el fruto desaparecido, al beso de los céfiros caído.

Y bajo este dosel rico y lozano de temblorosos pámpanos, tendido un pueblo agricultor, miraba ufano cubierto el ancho suelo de tributos que natura prodiga, coronando el sudor y la fatiga con fresco encantador, y opimos frutos.

Con algezara báquica llenando de vino la honda taza, que docil yedra en derredor abraza, y al vértigo del júbilo entregando el ánimo sediento, con inspirado acento: ¡ Ven, otoño suavisimo! » decía; Y otoño apareció: — no cual solia, sentado en un tonel, y conducido en carroza-esplendente por abundancia, el rostro enardecido, suelto el manto de púrpura, cercada de racimos y pámpanos la frente... ¡ ay, no! Cien y cien truenos su llegada anunciaron; los valles retemblaron; los cielos, de terror y espanto llenos, de lóbregas tinieblas se velaron.

¡ Yo lo ví, yo lo ví! torbo y sañudo, tinta en saagre la mano, que blandia, en vez de firso, espantador acero; y la frente sombría de vivoras ceñida, y odio fiero.

¡ Guerra, guerra! clamó con voz tronante; y retumbaron ¡ guerra! los collados, al estrépito horrendo contrabados: guerra! gritó Pirene vacilante: El Ebro turbulento, cubriendo su cristal de nieve fría, guerra! en sus hondas grutas repetía.

Al bélico alarido, escondiendo la faz entre las manos, España dió un gemido, gritando con horror: ¡ guerra entre hermanos.

¿ Cuál crimen cometieron los espantados pueblos sin ventura para tanto rigor? Otoño impío, ¿ por qué llenaste el cauce de amargura, de llanto y de miseria, tu, balsámica fuente para Iberia?

¿ Viste acaso de pomas y verdura, y de néctares mil tu ara desierta? ¿ O solo de embrisguéz en la locura abriste á la Discordia el ancha puerta?

¡ Ay! y cuántas congojas en pó, de ella han venido! ¿ cuánto luto y gemido! Entouces; ¡ oh dolor! de mostias hojas los campos doloridos se vistieron; y agobiadas se vieron sobre la helada nieve con hinchados racimos secas vides; otoño, otoño ajeve la mano arrebató vendimiadora al sacrilego campo de las lides. Y aquella pura mano, acostumbrada á cortar seca mies, negros racimos, ¡ ay! con horror la vimos el acero vibrar ensangrentada.

¡ El acero feróz y estermiante,
que derribó con bárbara pujanza
de una madre el orgullo y la esperanza,
la cándida ilusión de fino amante!

¡ Hijas del Ebro, aun siento
vuestro agudo y fatídico lamento!
¿Dónde correis frenéticas? adonde,
cual trémulas bacantes,
con ojos centellantes,
y revuelto el cabello destrenzado
por el pecho agitado?
¡ Hijo, Esposo! clamais con grito agudo,
las viñas solitarias,
ricas por vuestro mal atravesando...
y hasta el eco esta mudo!
¡ Hijo, Esposo! las voces esforzando;
callais, en escuchar absorba el alma,
y del otoño sientese en la calma
el bronce pavoroso retumbando.

¡ Cuánto abrumaba al labrador guerrero
el arma fratricida! ¡ Cual gemía,
cuando inquieto veía
Sus vides regaladas
de fieras inhumanas ser despojos,
ante sus mismos ojos!
Ahuyentarlas pretendé el infelice,
olvidando el rigor de armada fila;
y una severa voz: *atrás*, le dice;
y torna atrás con llanto en la pupila.

¡ Otoño, otoño, y cuanto me estremece
tu nombre aborrecido,
tan grato en otro tiempo, tan querido!

¿Dónde van, dónde los tranquilos años
de venturosa unión? ¿Dónde el otoño
que raudales de júbilo brotaba,
y cual vino aromático la prensa
en torno la abundancia rebosaba?

En este ameno y silencioso valle,
al ronco son del rápido arroyuelo,
que corre entre sombría y larga calle
de árboles agoviados
al peso de los frutos apiñados;
de céspedes floridos en la alfombra,
bajo apacible sombra,
danzábamos de yedra coronados
mil jóvenes amigos,
sin ceñudos testigos,
á nuestras dulces prendas enlazados.

De mi querida á la nevada falda,
del alto de un manzano,
tiraba con incierta y blanda mano
rubias y dulces pomaras,
de aljófares bañadas, y de aromas;
y con rubor divino se encendía
si al cándido cendal no le atinaba,
y en el pecho le daba;
y á hurtadillas mirando sonreía...
Dulce pastora mía,
¿en dónde estás, que no me miras ora?
Si te horroriza el arma asoladora,
que fulmina mi brazo,
vaya lejos de mí!... ¿Quién desde ahora
arrancarme podrá de tu regazo?

¡ Mi luz, mi bien! Angélica hermosura,
todo á tu lado sonreír parece,
y con mágico brillo resplandece
en torno la natura:
en tu seno se anida la ventura;
brota la paz purísimos albores,
y bullen los amores!

¿Qué fue de nuestras viñas desoladas?
¿qué de las huellas del sangriento Marte,
en torno señaladas,
cuando el crujiente carro revolvía
en la tierra infeliz que estremecía?
¡ O ventura, ó placer! Desparecieron:
y al impulso de mano diligente,
de benéfica industria conducida,
en surcos mil el campo hundió la frente,
en sangre retenida,
y la antigua aparece floreciente.

No te asuste el rumor que lejos suena:
¡ es el lago bullente, que rebosa
del hondo hirviendo espuma temblorosa!
Esto que ora ha crujido,
con áspero y bronco rechinido,
es la robusta prensa,
anegada en sudor de nectar blando,
que en rápidos arroyos humeantes
cayendo, llenará la cuba inmensa,
por la anclurosa bóveda zumbando.

¡ Gloria al otoño, que devuelve un día
con mano generosa
cuanto allá destruyó la guerra impía!

La guerra!... Yo deliro!...
¿En dónde estás, mi vida, mi consuelo?
En vano en derredor buscando miro
los bienes que soñé: cubierto el suelo
de víctimas y horror mudo responde
á mi grata ilusión... - Fue, fue el otoño
de abundancia y de paz sobre la tierra,
en deleites balsámicos fecundo;
y llenan hoy el ámbito del mundo
llanto, desolación, infanda guerra!

1836.

F. NAVARRO VILLOSLADA.



Se suscribe en Madrid en la librería de la viuda de Jordan é hijos, calle de Carretas; en la de la viuda de Paz, calle Mayor, frente á las gradas; en la extranjera, calle de la Montera; y en la de Mma. Poupart, calle del Arenal. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la administracion del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

Se previene á los Sres. suscritores que no será satisfecha ninguna reclamacion transcurrido que sea un mes despues de publicada el número que se reclama.